

EL OTRO EINSTEIN

P. LAIN ENTRALGO

Llamamos “sabio” al hombre que cultiva y conoce con rigor y profundidad un determinado campo del saber; pero la proyección de la actividad del hombre de ciencia hacia la vida social e histórica que le rodea permite discernir en su figura hasta tres tipos diferentes: el sabio especialista, el sabio filósofo y el sabio integralmente humano. Sabio especialista es el que limita su obra al conocimiento científico de la parcela de la realidad a que especialmente consagra su atención. Sabio filósofo, el que, no satisfecho con ese conocimiento puramente científico, y mediante la creación o la ampliación de una determinada filosofía regional — teoría del cosmos en su conjunto, de la vida biológica, de la vida humana, etc. —, trata de penetrar en los fundamentos filosóficos de su saber propio. Sabio integralmente humano, en fin, es el que desde su particular actividad, su individual carácter y su propia biografía, se dice a sí mismo, como el personaje de Terencio, *homo sum et nihil humani a me alienum puto*, y a todo lugar en que haya una necesidad humana trata de llegar con su ciencia y con su persona. Calcando expresiones bien conocidas de Cicerón acerca del sujeto de la *humanitas*, no sería inadecuado llamarle *doctus humanus* o *doctus humanissimus*.

Pues bien, en los tres sentidos del término fué “sabio” el hombre Alberto Einstein. Cultivó genialmente muy diversos campos de la física teórica; en tanto que sabio especialista, sólo Newton puede ponerse a su altura. Supo percibir y expresar, con genialidad no menor, las consecuencias que sus decisivos descubrimientos teóricos tenían para el conocimiento filosófico del cosmos; conceptos como *espacio*, *tiempo*, *materia*, *simultaneidad*, *experiencia*, etc., sólo contando con lo que Einstein ha escrito pueden ser hoy filosóficamente formulados. Con su ciencia, con su persona y con su prestigio acudió, en fin, a la denuncia y al remedio de todo lo que ante sus ojos fuese injusticia, crueldad, dolor no merecido y agresión contra el derecho a la vida y a la dignidad. *Doctus humanus fuit et nihil humani a se alienum putavit*.

Sabio especialista, sabio filósofo, sabio integralmente humano. Pero el hombre no se define sólo por lo que es, también por cómo es eso que es, y el sabio no queda al margen de esta regla. Mirando históricamente la figura social del sabio y la conciencia que éste tiene de sí mismo, pienso que en una y otra pueden ser distinguidos dos modos históricamente sucesivos: el sabio-sacerdote y el sabio-deportista.

El primero alcanza la plenitud de su vigencia durante el siglo XIX, desde Fichte, recuérdese su *Bestimmung des Gelehrten*, hasta Planck, léanse sus conferencias *Religion und Naturwissenschaft* y *Vom Relativen zum Absoluten*. Pocos testimonios de esta actitud más elocuentes que las palabras de Rudolf Virchow en el elogio póstumo de su maestro Johannes Müller: “Y así llegó a ser, como él mismo decía de sus grandes predecesores, un permanente sacerdote de la naturaleza; el culto a que servía era como un vínculo religioso entre sus discípulos y su persona, y el estilo severo y como sacerdotal de su lenguaje y sus movimientos completaba el sentimiento de veneración con que todos le contemplaban. . . Erguido ante el altar de la naturaleza, libre por su propio poder de las ataduras que imponen la educación y la tradición, este hombre era todo él un testimonio de la independencia de la persona”. Ante una naturaleza en la cual otra vez se ve “lo divino” — por tanto: ante lo último, ante lo absoluto — el sabio se siente a sí mismo revelador, creador y redentor; por su obra serán radical y definitivamente vencidos el dolor, la miseria y la ignorancia; es, en suma, el sacerdote de una nueva religión, la “religión de la ciencia”, y así le ve el mundo que le rodea.

Al sabio-sacerdote le sucede históricamente el sabio-deportista. ¿Qué es un deportista? Un hombre que con riesgo de su integridad o de su vida se consagra empeñada y alegremente al cumplimiento de tareas que en sí mismas no pasan de tener importancia penúltima. Que para el deportista haya más allá de su actividad deportiva “realidades últimas” o que agnósticamente dude de la existencia de éstas, no es cosa que afecte al contenido de mi definición. Hubiese o no hubiese para Edmund Hillary realidades y cuestiones más altas y fundamentales que aquellas con las que el alpinismo tiene que ver, puro deportista del alpinismo fué él cuando, poniendo en peligro su vida, ascendió hasta la cima del Everest. ¿Acaso no ha sido éste el modo de ser sabios hombres como Bohr, Schrödinger, Heisenberg, Fermi y Oppenheimer?.

Pienso que no se entenderá por completo al Einstein sabio y al Einstein hombre, si no se ve su vida como una oscilante combinación de esos dos modos históricos y sociales de ser hombre de ciencia. Cuando, movido por su creencia en la fundamental racionalidad del cosmos, se opone a considerar como verdad última de la ciencia el probabilismo estadístico de la mecánica cuántica, cuando una y otra vez afirma que Dios no puede estar jugando a los dados con todos los electrones del universo, cuando sostiene que “la ciencia queda coja sin la religión y la religión queda ciega sin la ciencia”, y habla de “la religiosidad de la investigación”, ¿no está siendo Einstein algo así como un “fin de raza” de los sabios-sacerdotes?. Más cuando Romain Rolland le encuentra “vivaz y reidor” — “no puede evitar la tentación de dar una forma divertida a los más serios pensamientos”, dice el escritor francés —, y cuando en su homenaje a Arnold Berliner afirma que “el hombre serio se alegra, si en alguna ocasión puede reír con ganas”, y cuando con Charlie Chaplin se propone hacer una hoguera con todos los billetes de banco del mundo para iniciar el combate contra la injusticia social, ¿no estamos viendo en él un típico sabio-deportista?. “La mejora de las actuales condiciones — escribirá en sus últimos años — no depende esencialmente del trabajo científico, sino de la plena realización de las tradiciones y los ideales humanos. Creo, por consiguiente, que hombres como Confucio, Buda, Jesús y Gandhi — hombres que nos invitan a si-

situarnos ante *lo último*, añadido yo — han hecho más por la humanidad, en lo que respecta al comportamiento ético, que lo que la ciencia pueda hacer”. Para mí no hay duda: Einstein fué *a la vez* sabio-sacerdote y sabio-deportista, y desde este punto de vista hay que entender su actitud y su conducta ante las grandes necesidades de la humanidad, si ésta no quiere caminar hacia el suicidio: la paz, la justicia, la libertad, la subsistencia y el amor ¹.

Un físico cuya genial inteligencia limita oscilantemente con la religiosidad — una religiosidad sin un Dios personal, sin iglesia y sin dogmas — y con el juego. Así fué Alberto Einstein, y así lo hicieron ver su mirada, sus palabras y sus actos.

Su mirada. Todos los descriptores del aspecto corporal del gran sabio subrayan la profunda impresión que producían sus ojos. “Sus ojos, que siempre brillan con un destello húmedo, y de ordinario burbujan un fuego fatuo, sueñan sobre el violín como si se fundiesen con el sonido”, escribe Antonina Vallentin. Más no sólo cuando la música los encendía. La iconografía de Einstein permite advertir que la efusión de sí mismo, la inteligencia, la profundidad, el juego, la ironía y una inextinta vena secreta ingenuidad infantil se mezclaban en su mirada. Toda mirada es un acto de agresión, afirmó Ernst Jünger. Mirando a otro, se le roba la libertad, proclaman la filosofía y el teatro de Jean Paul Sartre. Sin haber visto jamás el rostro vivo de Einstein, sólo a través de las imágenes que de él nos quedan, me atrevo a pensar que su mera realidad visible mostraba la unilateralidad, la radical insuficiencia antropológica de esas dos concepciones de la mirada humana. Se trata ahora de saber cómo todas esas notas caracterológicas que los ojos de Einstein delataban — la efusión de sí mismo, la inteligencia, la profundidad, el juego, la ironía, esa última ingenuidad infantil — se hicieron obra y conducta suyas, en relación con las necesidades del hombre.

Contempladas a vista de pájaro las necesidades humanas, dos órdenes pueden ser distinguidos en ellas. Están por una parte las que pueden ser sometidas a cálculo, y por tanto estudiadas mediante los métodos cuantitativos de la ciencia natural. Son las necesidades del hombre correspondientes a su existencia física: alimentación, vestido, habitación, buena salud, seguridad en el trabajo, etc.; y desde el punto de vista de su consistencia propia, aquéllas cuya satisfacción sólo requiere una ordenación adecuada de esas realidades que los físicos llaman materia y energía. Necesidades energético—materiales, por tanto. Junto a ellas y sobre ellas hállanse las concernientes a la existencia personal: esas que nombran las palabras paz, justicia, libertad y amor. A través de la materia y la energía tiene que pasar su satisfacción; desde luego. Pero su movilización y su ordenación requieren la puesta en juego de instancias cuya comprensión no

(1) En su homenaje a Max Planck, con motivo del sexagésimo aniversario de éste (1918), Einstein distingue otro modo hartamente menos noble del ser sabio-deportista: el de quienes frecuentan el templo de la ciencia viendo en ésta “un deporte que les conviene, capaz de hacerles vivir de un modo intenso y de satisfacer su ambición”. Naturalmente, no es este el aspecto de la deportividad a que se refiere mi descripción.

puede ser reducida a las leyes que en el cosmos energético-material estudian y descubren los físicos. El acto de abrazar amorosamente a otro hombre se halla inscrito, por supuesto, en un campo físico a la vez gravitatorio y electromagnético, y comporta la operación de multitud de mecanismos bioquímicos y electrofisiológicos. Pero el amor de la madre que abraza a su hijo, ¿puede acaso ser reducido a lo que en ese campo acontezca y a lo que el análisis de estos mecanismos enseñe?. Fundidas unitariamente entre sí, porque unitaria es la vida del hombre — nada más falso que la *Schichten-theorie* o “teoría de los estratos” de algunos psicólogos —, en la vida humana hay necesidades pertenecientes al momento físico de nuestra existencia y necesidades concernientes al momento personal de ella. Unas y otras movieron con fuerza la mente y el alma del sabio integralmente humano que Alberto Einstein fué.

Einstein fué a la vez — subrayo: a la vez — radical individualista y comunitario profundo. “El verdadero valor de un hombre se halla ante todo determinado por el grado y por el sentido de la liberación de su yo”, dice una de sus sentencias; “soy — afirma de sí mismo en otra página — un verdadero solitario, que nunca ha pertenecido con todo el corazón al Estado, a la patria, al círculo de sus amigos, incluso a su misma familia”. Más también escribe que “lo que el hombre aislado es y significa, no lo es tanto por su condición de ente individual como por ser miembro de una gran comunidad humana, que guía su existencia material y anímica desde el nacimiento hasta la muerte”; y con significativa energía declara poseer “un apasionado sentido de la justicia social y de los deberes sociales”, y “sentir como injustificadas las diferencias de clase”². De Lenin se halla muy lejos, y no puede aceptar sus métodos; pero en Lenin — tales son sus propias palabras — “respeto al hombre que se ha sacrificado por completo y ha consagrado toda su energía al establecimiento de la justicia social”.

Justicia social; he aquí la expresión clave. En modo alguno puede ser reducida la justicia social a la suma del salario justo, la seguridad del trabajo y la previsión de la enfermedad y la vejez. En tanto que “justicia”, la justicia social se refiere también a las necesidades concernientes a la existencia personal del hombre; así acabo de indicarlo, y así lo entendió Einstein. La paz, la libertad, el derecho al conocimiento de la verdad, ¿no son partes esenciales de toda justicia social bien entendida?. Pero el presupuesto primero de ella se halla constituido por la alimentación, la habitación, el vestido y la recta participación de cada cual en todos los bienes al alcance del hombre, proceden de la naturaleza, de la técnica o de la cultura. No son pocos los textos del gran sabio que podrían aducirse para demostrar la honda vigencia de esta verdad

(2) Más elocuente todavía es otro texto suyo: “Se existe para los demás hombres, y en primer término para aquellos de cuya sonrisa y cuyo bienestar depende por completo la dicha propia; más también para los muchos desconocidos con cuyo destino nos unen lazos de simpatía”. Luego serán comentadas estas generosas palabras.

en su alma³. Erraría, sin embargo, quien pensase que estas declaraciones suyas no fueron sino fórmulas académicas y abstractas, como puedan serlo los alegatos doctrinarios de un orador político; eran más bien la expresión intelectual de un modo muy delicado y profundo de sentir y realizar su propia existencia. “Vivo la necesidad de ser sobrio — escribió —, pero a menudo tengo la opresora conciencia de exigir más de lo necesario al trabajo de mis semejantes”. Elsa, su esposa, le hizo notar un día que había ayudado varias veces a un sujeto moralmente turbio, y Alberto respondió: “Lo sé muy bien, pero la necesidad de dinero sí debe de sentirla. No es por gusto por lo que se mendiga”. Se diría que la regla de San Francisco de Sales acerca de la limosna — “Para dar limosna, déjate engañar” — se hizo realidad secularizada y laica en el alma y la conducta del hombre Albert Einstein. Claro que este modo de pensar y actuar va más allá de la justicia social y, como pronto veremos, echa sus raíces en un modo de concebir la existencia y las necesidades del hombre que rebasa esencialmente el concepto de justicia, por alto y noble que tal concepto sea.

Mas no debo abordar el tan delicado tema de la relación entre las necesidades del hombre y la noción de justicia sin recordar algo sobremanera obvio: que también con su obra científica ayudó decisivamente Einstein a la satisfacción de las necesidades energéticas del hombre, aunque — inicialmente, al menos — él no se lo propusiera. Para el mantenimiento de su vida somática, el hombre necesita de la energía del cosmos, en todas las formas en que ésta puede presentarse: mecánica, térmica, eléctrica, radiante. El ser viviente es una llama que constantemente debe ser alimentada, y más cuando, como en el caso del hombre acontece, la tecnificación de la vida hace distante y tortuosa la relación entre el organismo individual y la naturaleza que le rodea. Pues bien, para todos es obvio que la celeberrima fórmula con que en 1905 estableció Einstein la relación matemática entre la energía, la masa y la velocidad de la luz, $E = mc^2$, no sólo abrió el camino hacia la bomba atómica, también hacia las centrales nucleares. Un punto de meditación se impone: después del accidente de Harrisburg, ¿habremos de concluir que todas las consecuencias técnicas de esa fórmula están condenadas a suscitar el grave problema — ético y político a la vez; en definitiva, histórico — de la responsabilidad moral del sabio, en tanto que descubridor y liberador de los secretos de la realidad cósmica?. Y puesto que el físico actual ya no es sacerdote de la naturaleza, sino deportista de su conocimiento, ¿debemos pensar que con su actividad propia ha hecho patente la eticidad inherente a la conducta deportiva, cuando ésta puede

(3) Me conformaré con transcribir tres: su alocución a una asamblea estudiantil en pro del desarme (*Mein Weltbild*, 1ª. ed., 66-69) en la cual proclama con energía el deber social de una recta distribución de los bienes, la afirmación del derecho de todos al conocimiento de la verdad (prólogo al libro *The Universe and Dr. Einstein*, de Lincoln Barnett (1948) y su mensaje a la *Decalogue Society of Lawyers*, de Chicago, con motivo del premio con que dicha sociedad quiso agradecerle su tenaz campaña en pro de los derechos humanos (diciembre de 1953).

ser peligrosa para alguien?. No, no es lo mismo la fabricación de una bomba atómica, cuya finalidad sólo puede ser la destrucción, que la de una central nuclear, planeada y construída para ayudar al hombre en su empresa de vivir. Pero si Einstein viviese hoy, ¿dejaría de sentir en su alma una prolongación de la honda zozobra moral en que tan significativa y ejemplarmente le sumieron las explosiones de Hiroshima y Nagasaki?. Ahora bien, la confianza en la inteligencia del hombre debe imponerse en este caso. Sin entrar, pues, en la discusión de las cuestiones ecológico-políticas que la central nuclear plantea, y dando por cierto que la ciencia y la técnica acabarán resolviéndolas favorablemente, bien puede afirmarse que la obra científica de Einstein está ayudando y va ayudar cada día más a satisfacer la demanda de energía que sin palabras, con sólo su existencia, hora tras hora dirige el cuerpo humano al mundo cósmico en que habita.

Entendida como virtud social, la justicia exige que el hombre reciba en cantidad y en calidad la materia y la energía que a la dignidad de ser hombre corresponden; por tanto, alimentación, vestido, vivienda, procura de la salud. Pero la paz y la libertad, la posibilidad de vivir sin el brutal riesgo de destrucción que por esencia lleva consigo la guerra y la de ejercitar libremente la acción de optar y la acción de crear, dos actividades sin las cuales no sería hombre el hombre, ¿no son acaso derechos de éste, y por tanto momentos integrantes de una justicia plenamente humana?. Buena parte de la vida de Einstein fué una rotunda respuesta afirmativa a esta interrogación. Cabría pensar, en consecuencia, que tratando a los hombres con justicia, en el más amplio de los sentidos de esta hermosa y exigente palabra, quedarán definitivamente satisfechas todas sus necesidades.

Con la más arrogante certidumbre lo afirmó Hegel. Según el breve análisis que de él hace en su *Philosophie des Rechts*, el amor entre hombre y hombre es concebido como un simple episodio en la historia de la humanidad, como un sentimiento que desaparecerá, porque ya no será necesario, cuando la conciencia de sí general se haga verdaderamente racional y patente; con otras palabras, cuando la moralidad llegue a ser verdadera "razón". Por eso el amor, dice Hegel, deja de existir en el Estado ideal: *im Staate ist sie – die Liebe – nicht mehr*. En efecto, prosigue el filósofo: puesto que en el Estado "se es consciente de la unidad (con los demás hombres) bajo forma de ley, el contenido (de esa unidad) debe ser racional, y yo debo saberlo". Dando un giro hegeliano a la famosa sentencia de Sartre acerca de la realidad del hombre, cabría decir que en el "reino de la razón" el amor es "una pasión inútil". La general vigencia del derecho haría ocioso el amor sobre la superficie de la Tierra.

Tan dura y orgullosa opinión no fué admitida por Einstein, aún cuando nunca la mencione en sus escritos. Estos nos revelan por el contrario, que, para él, la criatura humana tendrá siempre necesidad de amor, siéntala o no la sienta en su alma. Más aún: un examen detenido de esos escritos nos permite descubrir en la mente del sabio una idea sistemática del amor, a la cual es posible referir todo cuanto en su vida fué más suyo y más profundo.

Aparece en primer plano el amor a la realidad cósmica. Amor al cosmos es, en efecto, el sentimiento más radical del sabio que investiga la estructura del universo, y ese sentimiento, más profundamente, la compleja vinculación real con el cosmos

de que ese sentimiento es testimonio, constituye el fundamento de la religiosidad de Einstein, en la cual se siente unido con Demócrito, Francisco de Asís y Spinoza, bajo las obvias diferencias de época, cultura y persona, y de la cual sería un claro antecedente judío “esa especie de alegría embriagadora y de admiración ante la belleza y la sublimidad del mundo” que tan espléndidamente expresan algunos salmos; belleza y sublimidad a las que sólo a través de un “débil presentimiento” puede llegar la mente del hombre. Tal es la “religiosidad cósmica” que confiesa Einstein, y tal sería el nervio de la religión más propia del investigador, aún cuando éste pueda no interpretarla así. “La religiosidad del investigador — escribe Einstein — reside en la admiración extática ante la armonía de la regularidad de la naturaleza, en la cual se revela una razón tan superior que, junto a ella, no pasa de ser nimio reflejo todo lo que para el pensamiento y la capacidad de ordenación de los hombres posee sentido”. Por esto puede afirmar lapidariamente que “lo misterioso es lo más hermoso que podemos vivir”, y en esta profunda realidad echaría sus raíces la comunidad originaria entre el hombre de ciencia y el artista.

El amor a un mundo en cuya radical perfección se cree y a un Dios cuya verdadera realidad no es sino la fundamental, sobrehumana, perfecta regularidad del cosmos — por tanto, en términos spinozianos: un amor a las cosas que unitariamente sea *amor mundi intellectualis* y *amor Dei intellectualis* —, dió su fundamento último a la actitud de Einstein ante el principio de indeterminación de Heisenberg y frente al probabilismo gnoseológico de la mecánica cuántica. En su opinión, uno y otro son admisibles, más aún, ciertos, pero tan sólo como verdades penúltimas y provisionales; lo último y definitivo en el cosmos no serían el orden estadístico y la causalidad estadística, sino el orden exacto y la causalidad exacta; aún cuando la inteligencia del hombre de ciencia no llegue y no pueda llegar nunca al conocimiento de esa última y definitiva razón, y aunque, como con cierto humor decía una vez a Tagore, “sea bueno que no podamos mirar (el mundo) a través de esa causalidad”⁴. En la polémica entre Einstein y Bohr no sólo actuaba el modo de entender científicamente la realidad del universo, también el modo de amar religiosamente esa realidad.

El amor del sabio al mundo, como el del artista, no puede limitarse, sin embargo, a la contemplación de su verdad y su belleza; debe ser también motor eficaz de una

(4) Recuérdese la conocida sentencia de Einstein: “La cosa más incomprensible del mundo es que el mundo sea comprensible”. Comprensible, claro está, en la medida en que para el hombre puede serlo. Es sugestiva y no parece ilícita la comparación entre el Einstein que así hablaba a Tagore con el Kant anciano, que en la *Crítica de la razón práctica* declara la incapacidad de la razón humana para resistir de modo incesante el espectáculo de “Dios y la eternidad, con su majestad terrible”, y que en *Reflexiones sobre la metafísica* afirma ser bueno “que no sepamos, sino que creamos que Dios existe”. Frente al cosmos, también Einstein prefiere “creer” en su radical racionalidad a “verla”.

acción perfectiva, estímulo de un esfuerzo consciente por aumentar el ámbito humano de esa verdad y esa belleza. Con lo cual se afirma que el amor al mundo es la clave real del progreso del hombre, y puede a la vez entenderse la inmovible fe que en éste tuvo Einstein, a través de la enorme crisis histórica que le tocó vivir. Un año antes de morir respondía a una anciana dama suiza, asustada por las nocivas consecuencias ecológicas de la técnica actual: “Parece que se ha perdido la fe del hombre en el progreso ilimitado, tan general hace sólo cincuenta años. Me atrevo a esperar, sin embargo, que esta fe renacerá algún día. . . Soy todavía lo bastante optimista como para creer que el hombre evitará a tiempo esa destrucción creando un gobierno mundial”. El quebranto moral que trajo a su alma la bomba de Hiroshima y el reiterado fracaso de su campaña en favor de la paz y de un gobierno supranacional no habían borrado en él la animosa esperanza que le infundía su amor a la creciente perfección histórica de un mundo transhistóricamente perfecto; esa “armonía preestablecida” entre el saber y la realidad, cuyo paulatino descubrimiento hacía arder al espíritu de Planck, así al menos lo veía Einstein ⁵, y en todo momento, hasta su inconclusa lucha postrera por la ecuación del campo único, incitó e hizo arder el suyo.

Dentro del cosmos ha surgido la vida; dentro del amor al cosmos debe surgir y operar, por tanto, el amor a la vida, tal como Einstein lo vive y lo concibe. En su *ordo amoris* el amor a la vida es, en efecto, la segunda determinación de la vinculación amorosa del hombre a la realidad. Pese a los maravillosos análisis que en la estructura de los seres vivientes van realizando los hombres de ciencia, Einstein no vacila en hablar del “misterio de la eternidad de la vida” — la creencia en él le permite prescindir, nos dice, de la fe religiosa en la inmortalidad individual —, y en esa misteriosidad pone el fundamento del acto a que inmediatamente le conduce ese venerativo amor: una resuelta afirmación de la vida, fiel a las más antiguas tradiciones éticas del pueblo judío. “La esencia de la concepción judía de la vida — escribe — me parece ser la afirmación de la vida de toda criatura. Sólo como servicio al embellecimiento y el ennoblecimiento de la vida de todo lo viviente tiene sentido la vida del individuo. La vida es sagrada, es el valor supremo del que todas las estimaciones dependen. *Servir a Dios* y *servir a lo viviente* son, pues, expresiones equiparables”. Así puede entenderse, dice luego, que también los animales sean expresamente incluidos en el mandamiento judío de santificar el sábado.

El amor religioso a la vida individual y a la vida supraindividual, un rasgo característico de la ética del pueblo judío que Einstein, hombre de ese pueblo, quiso hacer enteramente suyo. Tanto, que en él tuvo fundamento próximo una de sus más hermosas sentencias morales: “Puesto al servicio de la vida, el sacrificio es una gracia”.

Dentro de este amplio y profundo amor a la vida puede ser incluido el tercer nivel o grado del *ordo amoris* einsteiniano, el amor al hombre; pero la peculiar y superior dignidad óptica de la realidad humana obliga a tratar por separado esta especie del

(5) Léase el homenaje a Max Planck a que en páginas precedentes hice referencia.

amor. Así lo hubiese exigido el propio Einstein, del cual, como de pasada, escribió una vez Eva Curie: "Amaba tanto a los hombres". A la luz de los textos de este sabio tan integralmente humano, veamos lo que para él fue ese supremo amor.

Tras la *philanthropía* de los estoicos, nombre que el mundo burgués dará más tarde a la forma secularizada de la ayuda al semejante menesteroso, dos han sido en Occidente las grandes fórmulas para designar el amor al hombre en cuanto tal ⁶: la que desde sus orígenes difundió el cristianismo, el "amor al prójimo", y la que con intención abiertamente anticristiana proclamó Nietzsche, y con su idea de la solidaridad universal tácitamente afirmó Marx, el "amor al remoto"; modo del amor al hombre que de ninguna manera se opone al precedente y que, por tanto, puede y debe ser asumido en la ética cristiana. Pues bien, una lectura atenta de los escritos menores de Einstein permite advertir que ambos fueron simultánea y armoniosamente vividos por él. Después de afirmar de manera tajante que la vida tiene sentido y que quien siente su vida como carente de él "no sólo es desgraciado, sino que, además, apenas es capaz de vivir", escribe: "Se existe para los demás hombres, y en primer término para aquellos de cuya sonrisa y cuyo bienestar depende por completo la dicha propia"; sentencia cuya recta y consecuente interpretación nos llevará a verla como una expresión subjetivada y psicologizada del amor al prójimo. Desde un punto de vista psicológico, prójimo es, en efecto, el hombre a cuyo bien consagramos directa e inmediatamente nuestra actividad, porque, sin el logro de ese bien suyo, nuestra tranquilidad moral no sería posible. No basta a Einstein, sin embargo, el bienestar de quienes viven junto a él, y tras el mandamiento del amor al prójimo consigna del modo más expreso el mandamiento del amor al remoto: "más también se existe — sigue diciendo — para los muchos desconocidos con cuyo destino nos unen lazos de simpatía". El término de la dedicación de la existencia propia, y por consiguiente el destinatario del amor al otro, es ahora el desconocido, el remoto; y la "simpatía" de que ahora se nos habla es el invisible vínculo intensional que con ese hombre nos une cuando, sin conocerle, hacia él proyectamos nuestra voluntad de ayuda y nuestra conducta.

El amor al remoto tiene una dimensión primariamente geográfica; desconocidos y remotos son para mí el analfabeto de Namibia y el hambriento de Bangla Desh; más también posee una dimensión temporal o histórica, tanto hacia el pasado como hacia el futuro. "Nosotros, los herederos", es el título de la breve nota con que Einstein comentó un convenio entre Holanda y Bélgica. La herencia recibida de los hombres del pasado nos responsabiliza, porque de nuestra acción y nuestro esfuerzo depende que "para la humanidad sea (tal herencia) una maldición o una bendición"; pero si logramos hacerla benéfica para el presente y el futuro, hacia esos hombres, conocidos o

(6) En el amor erótico, en el amor familiar y en la amistad no se ama al "hombre en cuanto a tal", sino a "tal hombre", a un hombre determinado. Otro tanto cabe decir de la camaradería, no obstante ser la forma más objetivadora del amor interindividual. Veáanse mis libros *Teoría y realidad del otro* (Madrid, 1961) y *Sobre la amistad* (Madrid, 1962).

gloriosos unos, anónimos y desconocidos los más, se dirigirá nuestro callado reconocimiento, y con ellos, con el tácito recuerdo de ellos viviremos en sutil solidaridad amorosa. Por otra parte, ¿cómo no ver un secreto lazo de amor con los hombres del futuro, por insospechables que para él fueran, en la raíz misma de la tenaz, infatigable campaña de Einstein por la paz, la libertad y el bienestar del mundo entero?. Pocos días antes de morir, respondiendo a una carta que acerca de la solidaridad universal le escribieron desde California, el gran paladín de esa difícil empresa hacía profesión de su generosa voluntad de futuro: “Hemos de consagrar toda nuestra energía a luchar por lo inalcanzable”. La más resuelta estimación positiva de la utopía late en esta consigna. Y comentando la fama inmensa que alcanzó Einstein, nos dice Philip Franck, acaso su mejor biógrafo científico: “Consideró que había egoísmo y vanidad en la simple aceptación del hecho de ser indiscutido y en la prosecución de sus investigaciones. Vió que el mundo está lleno de sufrimiento, pensó que él conocía varias de las causas de éste” y, “sin miedo de arriesgar su enorme reputación”, se entregó a la tarea de denunciarlas.

El amor al hombre que Einstein sintió y proclamó llevaba consigo una exigencia, la justicia, y un modo de ser, la razón; no era pura benignidad y mero sentimiento; pero, contra la concepción hegeliana de la vinculación amorosa, rebasaba y envolvía los límites de la justicia y la razón. Una y otra pueden resolver los problemas relativos a la realización objetiva y social de nuestra existencia, no los tocantes a la raíz misma del dolor humano. “El verdadero problema está en el corazón de los hombres”, decía Einstein a Antonina Vallentin, ya en los últimos años de su vida; y a lo que acontece en el corazón de los hombres, sólo el amor puede llegar. Mucho antes había escrito: “Los ideales que siempre han iluminado mi camino y constantemente han henchido mi vida de ánimo y alegría han sido — así, en este orden — la bondad, la belleza y la verdad”.

Erraría gravemente, sin embargo, quien de todo lo hasta ahora dicho dedujese que el *amor humani generis* de Einstein fué un angelical y delicuescente panfilismo. Lo impidieron a una su propia vida, porque conoció el odio y la agresión, su genial inteligencia, siempre atenta al conocimiento de lo que en sí misma es la realidad, y — no en último término — la lúdica e irónica lucidez con que en todo momento quiso y supo ejercitar esa inteligencia.

Vale la pena comentar brevemente este último rasgo de su carácter. Dos breves textos suyos nos permitirán hacerlo. El primero, la salutación que dirigió a Bernard Shaw en un discurso a la comunidad judía de Londres: “Usted, señor Shaw, no solamente ha predicado la moral a los hombres, sino que, por añadidura, ha sabido burlarse de lo que a muchos parecía ser intocable”; elogio al cual el gran dramaturgo hubiese podido responder: “Y usted, señor Einstein, no solamente ha proclamado a todos los vientos el imperativo de amar a los hombres, sino que, además, sabe reirse de lo que en los hombres es egoísmo, vanidad y odio”. ¿No es de un carácter así, acaso, de donde procedía ese elogio del teatro de Bernard Shaw?. Más claramente aún se expresa el contrapunto irónico de la actitud de Einstein ante la realidad de los hombres, por muy digna de amor que ésta sea, en su personalísima glosa a la sentencia de Schopenhauer

“Un hombre puede hacer lo que quiere, pero no querer lo que quiere”. Sentencia, escribe Einstein, “que desde mi juventud me ha llenado de vida y siempre ha sido para mí fuente inagotable de tolerancia. . . La conciencia de ella — añade — suaviza benéficamente el sentimiento de la propia responsabilidad, que a veces actúa paralizándonos, y hace que no nos tomemos demasiado en serio a nosotros mismos, ni tomemos demasiado en serio a los demás; conduce a una concepción de la vida que deja lugar para el humor”. El hombre puede no querer lo que quiere. ¿Cómo debe ser entendido este aparente despropósito? Sólo advirtiendo que para Schopenhauer hay dos niveles o modos del querer, uno consciente, en el cual efectivamente se está queriendo lo que se quiere, y otro más o menos inconsciente, en el cual se está queriendo todo lo que, así querido, no puede llegar al plano de la volición deliberada; y que, para Einstein, esto último es lo que cada cual debería saber querer y querer de hecho para ser real y verdaderamente “el mismo”. Con lo cual, no tomando demasiado en serio al otro, viéndole incluso con humor, puede uno amar en él todo lo que en él es, si se me admite la expresión, “querer no querido”, aspiración no sabida y no actualizada en la conciencia. Hegel habló de la “astucia de la razón”. Frente a esta sutil y generosa actitud de Einstein ante la realidad del hombre, ¿no cabría hablar de una “astucia del amor”? Sólo a través de ella puede entender un sabio honesto el sentido histórico y ético de sus invenciones, cuando éstas, en su reverso, llevan consigo algún riesgo de muerte o destrucción. En el seno de su exigente intimidad moral, así vivió el propio Einstein su personal participación en la génesis de la bomba atómica, y así hubiera vivido la relación entre su obra científica y los accidentes de las centrales nucleares.

Los niños eran, se ha dicho, los camaradas que este hombre genial prefería. “Del niño ha conservado hasta el fin la frescura de la curiosidad, el don de la sorpresa y la espontaneidad del carácter. . . La inocencia que se atribuye a los niños está en la mirada profunda de Einstein”, escribe Jacques Madaule. “Es un ingenuo soñador. . . No conoce la perversidad de los hombres”, dijo de él Lunacharski. Pero el soñador Einstein no era ingenuo y conocía a los hombres; tanto les conocía, que amorosa e irónicamente discernía en ellos lo que los hombres saben querer y lo que, allá en un oscuro fondo de su realidad, tantas veces quieren sin saberlo. Más certero sería aplicar a su persona una idea de Ortega y Gasset acerca del alma humana: “Somos todos, en varia medida, como el cascabel, criaturas dobles, con una coraza externa que aprisiona un núcleo íntimo, siempre agitado y vivaz. Y es el caso que, como en el cascabel, lo mejor de nosotros está en el son que hace el niño interior al dar un brinco para libertarse y chocar con las paredes inexorables de su prisión. . . El canto del poeta y la palabra del sabio. . . son siempre ecos adultos de un incorregible niño prisionero”. Como en muy pocos hombres se realizó en Alberto Einstein esa sutil descripción psicológica y metafórica de la intimidad. “Para nuestro mundo es un utopista — escribió de él Teilhard de Chardin, como confirmando lo que digo —; pero, incluso por fuera de la física, la posteridad le considerará un precursor genial”.

En tanto que digno de amor, el cosmos pide de nosotros triple respuesta: por un lado, intelectual, científica; por otro, artística, sea poeta, pintor o músico quien le da; por otro, en fin, operativa, técnica, en último término ecológica. Respondiendo

así al cosmos, el hombre cumple el mandamiento implícito en esa enigmática frase de la Epístola a los Romanos en que San Pablo habla del “gemido de la creación” (*Rom.* 8, 22). Y en el regazo del cosmos, los hombres. En tanto que menesterosos de amor, los hombres piden paz, justicia y libertad, desde luego, más también todo lo que dentro de su alma están queriendo sin saberlo; y contra el frío y altivo aserto de Hegel, todo hace suponer que algo seguirán pidiendo y en alguna medida necesitarán ser amados — de nuevo el imperativo de la “astucia del amor” —, por amplia que un día llegue a ser sobre el planeta la vigencia de la paz, la justicia y la libertad. Así ve Einstein el sentido que la obra del sabio y del artista tiene en la historia de la humanidad: “Me parece que la más importante función del arte y de la ciencia — afirma — es despertar y mantener vivo este sentimiento entre los hombres capaces de experimentarlo”. Quienes lean con atención y entiendan con sensibilidad sus deliciosas cartas a la reina Isabel de Bélgica, ¿no será ese el hombre que como autor de ellas descubran? Un hombre que además de haber renovado genialmente nuestra idea del cosmos, supo servir con tenacidad y abnegación, movido desde dentro por su sed de justicia y por su concepción de la vida y del amor, a las más humanas necesidades de sus semejantes. Cien veces ha sido expuesta y comentada la contraposición que el teólogo Nygren estableció entre la concepción griega y la concepción cristiana del amor, el amor como aspiración, *eros*, y el amor como efusión, *agápe*. Apoyado sobre una visión más profunda y total del acto amoroso, Xavier Zubiri mostró hace años que el amor cristiano es a la vez *eros* y *agápe*, ansia de perfección y autodonación efusiva. Pues bien: en modo alguno me parece ilícito afirmar que la actitud de Einstein ante al amor constituye una versión secularizada de esta integradora y comprensiva concepción zubiriana de la relación amorosa entre el hombre y la realidad.

Otro de los grandes de nuestro siglo, otro sabio que también conoció la vejeción, el filósofo Edmund Husserl, escribió estas profundas, transfilosóficas palabras: “Aquellos a quienes tributábamos nuestro amor, no pueden en verdad morir. No aspiran a nada, no hacen nada y nada exigen. Pero cuantas veces les recordamos, les sentimos frente a frente. Rostro contra rostro, nos miran el alma, sienten con nosotros, nos comprenden, reconocen o rechazan lo que hacemos”. Todos cuantos trabajamos intelectualmente, todos los que ansiamos para el mundo paz, justicia y libertad, todos los que comulgamos en sus grandes ideales, la bondad, la belleza y la verdad, así debemos sentir hoy el recuerdo y el rostro del sabio y el hombre Alberto Einstein.